

70bis/2013

25 julio de 2013

Mayte Carrasco*

TÚNEZ: REGRESO A LOS ORÍGENES
DE LA PRIMAVERA ÁRABE

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

TÚNEZ: REGRESO A LOS ORÍGENES DE LA PRIMAVERA ÁRABE

Resumen:

La evolución de las revueltas árabes atraviesa un momento crucial tras el golpe de estado en Egipto, el deterioro de la situación en Libia y el estancamiento de la guerra en Siria. En medio de esta situación convulsa cabe preguntarse ¿cuáles son los retos a los que se enfrenta Túnez, la pionera, el espejo que inspiró la Primavera Árabe? ¿Ha logrado el gobierno islamista cumplir con las expectativas de un pueblo con ansias de libertad, de mejoras sociales y económicas? ¿Corre el peligro de seguir los pasos de Egipto? Regresamos a los orígenes de la revolución tunecina para comprender qué está pasando en un país en el que el pueblo derrocó a un régimen autocrático laico para dar paso a un sistema político que busca re-islamizar a la sociedad, imponiendo grandes desafíos al proceso de transición democrática.

Abstract:

The evolution of the Arab uprisings after the coup d'état in Egypt is in a critical juncture, moreover with the current situation in Libya and the stalemate in Syria. Amid this turbulent situation one may wonder what are the challenges facing Tunisia, the pioneer, the mirror that inspired the Arab Spring? Have the Islamist government met the expectations of a people with desire for freedom, social and economic improvements? Is Tunis at risk of following in the footsteps of Egypt? We return to the origins of the Tunisian revolution to understand what is happening in a country where the people overthrew a secular autocratic regime to make way for a political system that seeks to re-Islamize society, imposing great challenges in the transition process democratic.

Palabras clave:

Primavera árabe, Túnez, Moncef Marzouki , Bouazizi, Boukhadous.

Keywords:

Arab Spring, Tunisia, Moncef Marzouki, Bouazizi, Boukhadous.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

INTRODUCCIÓN

El bloguero sirio Tarek Alghorani es un observador privilegiado de la realidad tunecina. Cuando estalló la revolución contra Ben Alí en Túnez se encontraba cumpliendo condena en la cárcel de Saidnaya, cerca de Damasco, donde debía pasar siete años en prisión por sus actividades como bloguero en una revista política digital Alhawiya. Estuvo cinco años entre rejas, fue liberado y ahora vive en Túnez, donde trabaja en el Centro por la Libertad de Expresión inaugurado tras las revueltas de 2011. “Recuerdo que estaba en la cárcel y allí en Siria esperábamos ese *clic*, todos lo deseábamos”, explica sentado en un despacho despojado de muebles, recordando nostálgico la caída de Ben Alí. “Ahora estoy decepcionado porque observo que aquí se ha cortado la cabeza al régimen pero la sangre de la dictadura sigue transcurriendo por las venas del país. No se toman decisiones porque no hay una cabeza visible. Hay una lucha entre laicos e islamistas y el resto de la gente está en medio. Por culpa de ese enfrentamiento son los del viejo régimen los que intentan poner orden. La situación es cada vez más tensa”.



Tarek Alghorani, bloguero y activista sirio

Alghorani sale a la calle para mostrarnos el Túnez de hoy, un país en el que se respira un aire en el que se entremezclan la esperanza y la frustración. Esperanza cuando recorre la avenida Burguiba, donde señala algunos turistas que comen cuscús bajo el sol cálido del mes de mayo en un ambiente relajado y pacífico, sin turbulencias aparentes. “Aquí al menos no caen bombas”, dice con amargura, pensando en su país. En las declaraciones oficiales y de cara a la galería, los gobernantes nacionales e internacionales se esfuerzan en mostrar la imagen de

un Túnez que avanza poco a poco en su transición política, intentado diferenciarlo de la del resto de países donde estalló la Primavera árabe.

Un ejemplo fue la visita oficial del presidente francés François Hollande al país el pasado mes de junio y en la que marcó distancias entre Túnez y Egipto, Libia y Siria. “El éxito de Túnez es más importante en un momento en el que otros países están experimentando tiempos más duros”, dijo alabando la transición tunecina, calificándola de “tranquila y ordenada”. Por su parte, el presidente tunecino, Moncef Marzouki, repudió el golpe de Estado al presidente egipcio Mohammed Morsi y bregó por el “establecimiento del orden democrático”, afirmó que las autoridades en su país no corrían el riesgo de ser derrocadas pero instó a los gobernantes a tomar en cuenta las demandas de la población.

Un buen consejo. Túnez atraviesa un periodo posrevolucionario turbulento y el golpe de Estado en Egipto ha desencadenado todo tipo de elucubraciones sobre los posibles escenarios que podrían darse en el país. Según Farhem Boukhadous, destacado periodista tunecino, que también pasó años en la cárcel bajo el régimen derrocado, gran parte de la ciudadanía comienza a mostrar signos de agotamiento ante la falta de avance de las promesas del gobierno islamista salido de las urnas. La situación económica se degrada, el paro alcanza el 20% de la población (40% en áreas rurales), el turismo no ha regresado al país y la corrupción sigue bien presente.

Cada mes hay casos de inmolaciones de ciudadanos desesperados que deciden seguir el camino de Bouazizi. La Asamblea Constituyente, conformada en octubre de 2011, no logra ponerse de acuerdo en el proceso constitucional, estancado. Boukhadous asegura que actualmente la juventud no desiste y sigue movilizada, con una media de 360 manifestaciones y concentraciones por mes en el todo el territorio. “No podemos evolucionar si la corrupción persiste, y en estos momentos está ligada al sistema”, asegura.



Varios manifestantes avanzan hacia la policía armados con piedras y palos, Kairouan

Boukhadous está convencido de que “el país necesita una segunda revolución, esa es la consigna” (a-chaab iurid zaura min jidid). “Lo único que hemos conseguido hasta ahora es la libertad de expresión. Han proliferado los medios de comunicación que pueden expresarse libremente”, pero con él han llegado tertulias en las que se hace apología del terrorismo, alabando incluso la figura de Osama Bin Laden, como ocurrió durante una emisión de Ettunsia TV, o se lanzan rumores sin contrastar en la vieja y nueva prensa, creando un ambiente de caos informativo. El gobierno actual (una coalición denominada “la troika” con el partido islamista de Rashed Ganuchi, Ennahda, a la cabeza, asociado con el Congreso Por la República (CPR) y el Foro Democrático por el Trabajo y las Libertades Al Takatol) se enfrasca en luchas de poder internas, mientras el partido opositor Nidda Tunes insiste en que el ejecutivo carece de legitimidad y exige “la disolución del gobierno y la formación de un gobierno de salvación nacional”.

Varios son los acontecimientos que vienen a sumar preocupación entorno al proceso de transición, como la fuerte represión de las revueltas de Siliana en noviembre del año pasado, el ataque a la sede del UGTT (Unión General de los Trabajadores) por parte de militantes islamistas en diciembre, el asesinato del opositor del Partido Patriótico Democrático Chokri Belaïd el pasado 6 de febrero (detrás del que habría actuado un “fascismo islamista”, en palabras del ministro del Interior francés, Manuel Valls), además de la dimisión del Primer Ministro Hamadi Jebali y su reemplazo por Ali Larayedh. Y son muchas las voces internacionales que no ocultan su deseo de que en las próximas elecciones “las fuerzas democráticas y laicas, que encarnan los valores de la revolución, sean las vencedoras”, como dijo el ministro Valls.

ISLAMISMO MODERADO VERSUS RADICALISMO SALAFISTA

El asesinato del dirigente izquierdista Chokri Belaïd marcó un antes y un después en el periodo posrevolucionario y despertó la “legitimación revolucionaria” y la movilización social. El abogado de 47 años murió tiroteado en la puerta de su casa horas después de denunciar en un programa de televisión las “tentativas de dismantelar el Estado y crear milicias para aterrorizar a los ciudadanos y arrastrar al país hacia una espiral de violencia”. Era el Líder del Partido de los Patriotas Demócratas Unificados (PPDU, integrado en el opositor Frente Popular), militante laico muy crítico con el Gobierno. La población salió en masa a las calles, como lo hiciera para derrocar el régimen, para manifestar su indignación contra esos “grupos en la sombra” que utilizaron las pistolas para acallar al opositor.

Desde ese día de febrero, el debate en Túnez y en los foros de análisis internacionales se centra en la relación entre religión y Estado, el Islam moderado de Ganuchi y la amenaza del radicalismo islámico encarnado en la formación salafista ilegal Ansar Charia. Alarmada, la prensa tunecina denuncia que el país, antes territorio de paso de yihadistas, se ha convertido por primera vez en base de radicales afines a Al Qaeda, atrincherados en la montaña de Jabel Chaambi, con amplio arsenal libio de Muamar el Gadafi y liderados por Seifallah Ben Hassin, alias Abu Iyadh, un veterano de Afganistán. El ejército ha lanzado una

operación militar allí que se lleva a cabo desde hace varios meses, en un contexto regional cada vez más explosivo, con la guerra de Malí de telón de fondo.

Ansar Charía es el movimiento salafista tunecino que desde su creación en abril del 2011 aumenta sus filas en los barrios más desfavorecidos. El informe: “Túnez, violencia y el desafío salafista”, del International Crisis Group (ICG) evalúa en 50.000 (de una población de 11 millones de habitantes) el número de ciudadanos que comparten sus convicciones y el atuendo que les acompaña. El movimiento se nutre de jóvenes de 15 a 35 años que viven en zonas periféricas, en grandes centros urbanos o pequeñas aglomeraciones empobrecidas en el interior del país. Tienen un nivel escolar bajo, la mayoría está en paro y han pasado por la delincuencia y la cárcel. El perfil de sus miembros se divide entre los cheikhs salafistas que regresaron del exilio tras la revolución y los muchos liberados de prisión tras la ley de amnistía de 2011, cifrados en unos 1.200 salafistas, de los que 300 habrían combatido en Afganistán, Irak, Yemen o Somalia, señala el informe.

Aaron Y. Zeiling escribe en Foreign Policy que Ansar Charia comparte la visión del mundo de Al Qaeda, pero no considera a Túnez tierra de Yihad, y se focaliza en el reclutamiento y en las actividades de predicación (dawa) a nivel local, privilegiando la acción no violenta. El ICG señala que hay unos 2000 yihadistas tunecinos luchando en Siria y el 13 de enero el presidente tunecino declaraba que había tunecinos luchando con los yihadistas de Malí, (algunos habrían participado en la toma de rehenes de In Amenas en Argelia) y que el país se convertía poco a poco “en un corredor de armas entre Libia y la región de Malí”.

¿Hasta qué punto es importante la amenaza salafista y cómo afecta a la transición? “En la época de Ben Alí ya había terrorismo y atentados”, recuerda Boukhadous: “Pero los radicales siguen siendo aún minoritarios. La verdadera raíz del problema de la radicalización es de tipo socio económico, hay que solucionar esa carencia porque engrosan sus filas entre los más pobres”, asegura.

Hasta ahora, la posición de Ganuchi frente a los salafistas ha sido ambigua (muchos son votantes de su partido, Ennahda). Sin embargo, la prohibición del Congreso yihadista de Ansar Charía en la ciudad santa de Kairouan, convocado el pasado 19 de mayo y prohibido esa misma mañana, además de detención de algunos de sus líderes, supuso una escenificación de la actitud del Gobierno ante el reto de los radicales, una señal lanzada a propios y extraños que buscaba demostrar que hay determinación en la lucha contra el ultra conservadurismo islámico. En la calle, sin embargo, la decisión provocó reacciones de lo más variado entre población tunecina.

EL CONGRESO YIHADISTA DE KAIROUAN

De camino a Kairouan, Tarek Alghorani conversaba animadamente en el autobús. Había numerosos controles esparcidos en el camino de Túnez a la ciudad y su pasaporte sirio atraía la atención de los policías, que le interrogaban sobre sus intenciones. “Aquí hay mucha confusión sobre lo que está pasando en Siria. Ahora piensan que es una revolución islámica,

una yihad (guerra santa). ¡Pero no todos los sirios pensamos eso! En Túnez la opinión pública empieza a apoyar a Bashar al Assad porque, según ellos, está combatiendo contra radicales”. El bloguero bajó la cabeza con tristeza. Muchas fueron las veces que le vi enredarse en conversaciones con unos y otros para defender que la causa siria es aún una causa revolucionaria que no ha sido secuestrada por los radicales, que él considera una minoría dentro del Ejército Libre Sirio (ELS).

Aquel día continuamos el camino hacia la cuarta ciudad santa del Islam, donde nos pararon aún varias veces. Las fuerzas del orden buscaban a hombres con barba salafista para impedirles su acceso a la ciudad. El Gobierno estaba decidiendo ese mismo sábado si prohibía la concentración y había decidido evitar la llegada masiva de radicales venidos de todos los puntos del país. En las calles se respiraba un ambiente tranquilo, con las terrazas abarrotadas de varones tomando café, y el único signo de celebración del Congreso eran apenas unas cuantas banderas negras salafistas que vendían en la puerta de un comercio.

Se esperaba la presencia de 40.000 yihadistas al día siguiente. Aldhoubri conocía bien su ideología porque durante su cautiverio en Siria tuvo que compartir celda durante años con decenas de ellos, detenidos por terrorismo y con condenas de más de 30 años: “Fue como poner un pajarillo con los leones. En 2008 hubo un motín en la prisión que acabó en masacre, y los salafistas mataron a uno de mis mejores amigos y a mí me rompieron un brazo. Simplemente porque queríamos libertad, ¡y ellos no quieren libertad!”, exclama. Nos dirigimos al hotel situado frente a la plaza de los mártires, donde nos observaban con desconfianza, no se ven muchos forasteros en Kairouan desde el inicio de la revolución.



Varias jóvenes pasean en ambiente pacífico avenida Burguiba, Túnez capital

Por las escaleras apareció una chica con cara de turista, unas gafas negras de sol y un pañuelo de colores en la cabeza y Alghorani la identificó de inmediato. Era Amina, la feminista del movimiento internacional FEMEN que utilizó el desnudo como protesta de choque. Fue la primera mujer tunecina que mostró sus senos desnudos en una fotografía de facebook y escribió “mi cuerpo es mío”. Lo pagó caro, le prohibieron continuar con sus estudios en Túnez y antes de viajar a Francia para exiliarse había decidido venir al Congreso a “realizar una acción de protesta”.

La historia de Amina es significativa porque fue otro ejemplo de la dirección que tomaría el Gobierno de Ganuchi en materia de libertades como el derecho de opinión y de manifestación, en especial la defensa de los derechos de las mujeres. En cierto modo, el ejecutivo convirtió ese día a Amina, 19 años y hoy en la prisión de Soussa, en una accidental Juana de Arco que osó enfrentarse a las normas morales de un país liderado por islamistas, y aunque no llegara a realizar ningún desnudo en Kairouan, su trayectoria activista le ha costado la libertad.

El día del Congreso yihadista, Amina se encaminó hacia la explanada de la mezquita sagrada de Okba Ibn Nafe y se sentó tranquilamente junto al viejo cementerio. Un hombre la reconoció y pidió hacerle una fotografía. “Se me acerca mucha gente y me suelen decir muchas cosas. Hay quien me dice bravo, eres un ejemplo y sigue así. Otros me insultan y me dicen que soy una prostituta. Estoy acostumbrada”, se quejaba la joven. Sin previo aviso, garabateó con un espray la palabra FEMEN en el muro del cementerio de ese monumento idolatrado, el primer templo musulmán del norte de África. La reacción no se hizo esperar. “¡No eres digna de estar en este país!”, le gritaron varios hombres, mientras intentaban agredirla. La policía se la llevó en volandas y entre insultos hacia un furgón policial. Hoy está encarcelada, se enfrenta a varios años de prisión por “profanación de lugar sagrado” y posesión de gas pimienta (prohibido en el país), un castigo desproporcionado que servirá de ejemplo a otras mujeres que quieran seguir su camino.

ENTRE LA FE Y EL HAMBRE

Al salir a la calle, había estallado una batalla campal en la avenida Córdoba. Cientos de jóvenes protestaban contra la fuerte presencia policial al grito de “Alla u Akbar”. Un grupo de ciudadanos gritaba a las fuerzas del orden, más de 11.000 agentes desplazados especialmente para el enclave convocado. Los antidisturbios respondían con gases lacrimógenos, mientras la situación escapaba de control. Habían detenido al portavoz de Ansar Charía y el gobierno había decidido prohibir el Congreso. “¿Qué hacen aquí tantos policías? ¿Se ocupan de los radicales? Pues que sepan que aquí no tenemos nada de comer, que nos morimos de hambre, ¿quién da de comer a nuestros hijos?” exclamaba un

manifestante, al tiempo que cogía dos piedras del suelo y las lanzaba contra los policías. Del otro lado, el gas lacrimógeno no se hacía esperar y cientos de jóvenes salían corriendo en la dirección opuesta.



La policía busca calle por calle a los alborotadores en Kairouan

Los disturbios durarían varias horas. Una mujer lloraba frente a los policías, “dejad tranquilos a los salafistas, son hijos de Túnez. Estamos desprotegidos todo el año y ahora venís ¡solo para esto!”, les increpaba, antes de ser desalojada amablemente. Varios manifestantes gritaban “¡estábamos mejor con Ben Alí!”, mientras lanzaban algunas piedras. Murad Tarshum, un joven de unos treinta años y en paro, echaba la culpa de los problemas a la presencia de las fuerzas del orden. “En el periodo del régimen todo era más tranquilo, pero no había derechos. No transmitan por favor que aquí los radicales ganan terreno, todos estos jóvenes que están aquí gritan Allah u Akbar pero luego se dedican a lanzar palabrotas, algo no propio de los salafistas, porque odian a la policía. Solo son pequeños criminales o bien, descontentos que intentan protestar por tres días que llevamos de estado policial”, aseguraba.

El pulso del Gobierno contra los salafistas y la búsqueda de una convivencia pacífica es: “la lucha del Islam contra el Islam”, opinaba Alghorani: “pero no podemos ir a la Universidad sin ir a la escuela, tenemos que aprender nosotros mismos y el triunfo de la revolución tomará años aún”. Tras varias décadas en la oposición clandestina, los islamistas de Ennahda tienen en su mano, como fue el caso de los Hermanos Musulmanes, la legitimidad de las urnas, al haber sido elegidos por el pueblo. En Túnez muchos les votaron buscando recuperar su identidad religiosa, porque: “Ben Alí hizo que perdiéramos nuestras raíces. Recuerdo que me

retiraron el pasaporte por ponerme el hiyab (pañuelo que cubre la cabeza) en pantalla”, cuenta Malika Jabbari, conocida periodista de la televisión nacional Al Watanía. Tras la caída del régimen, muchos son los ciudadanos que piensan haber recuperado lo que consideran una libertad perdida durante décadas, la de practicar la religión musulmana sin cortapisas.

Ahlem Bousserwell, de la Asociación de Mujeres Demócratas, asegura que: “es como si durante más de 23 años te hubieran obligado a hacer una dieta estricta, y cuando de repente te la quitan te quieres atiborrar de pasteles. Eso es lo que está pasando ahora en los países árabes, la gente vota a los islamistas porque han estado oprimidos, pero cuando pase un tiempo se cansarán de pasteles. Ahora nos estamos atiborrando y nos vamos a matar con el atracón”, vaticina.

¿Podrán los islamistas implantar su modelo político religioso en Túnez y cumplir las expectativas de la población que se echó a la calle durante la revolución? Como señala *The Economist* (num. 13-19 julio), el problema es que esos partidos no han gobernado nunca y “los Hermanos musulmanes eran fuertes en voluntad, pero flojos en experiencia (...) y Morsi estuvo más ocupado en consolidar su poder y su control que en solucionar los problemas económicos y políticos del país”. En Túnez la situación es similar y el Gobierno está fracasando a la hora de cumplir con las expectativas que despertó la revolución. Explotando la frustración, Ansar Charía aprovecha para implantarse poco a poco en barrios desfavorecidos, como el de Hay Ettadhammen a las afueras de la capital, donde estallaron también fuertes enfrentamientos el día del Congreso de Kairouan que se saldaron con el balance de dos muertos.

En ese barrio vive Hamoud Ishlitti, un comerciante que luce una larga barba al estilo salafista, que cree que el Gobierno se va a cansar de perseguir a Ansar Charía: “Debe dejar que nos expresemos libremente. Hasta ahora no han hecho nada concreto, solo se han enredado en las luchas por el poder, por puestos políticos y a cualquier precio, con cualquier método, inventándose cosas como lo de Jabel Châambi. Tengo amigos allí y me dicen que el Gobierno miente, no hay ningún yihadista de Al Qaeda atrincherado allí. Son cosas de EEUU, Francia y Gran Bretaña, no hay ninguna célula terrorista. Sólo buscan crear miedo contra Ansar Charía para destruirlo”.

Unos metros más allá, otro comerciante que prefiere no dar su nombre observa al salafista de soslayo y con rechazo: “Yo no hablo con ellos. Queremos vivir en paz y esa gente radicaliza las cosas, son integristas que no quieren dialogar, solo imponerse. Deben respetar al Estado y a todos los musulmanes. Túnez es nuestro y no se lo vamos a dar a nadie, ni a los salafistas ni a los extranjeros que quieren darnos lecciones. Pero es verdad que aquí la libertad de expresión lo que ha llevado es a que nos insultemos los unos a los otros públicamente. ¡Respeto es lo que falta para todos!”.

“La verdad es que desde la revolución todo ha ido a peor”, dice una joven pastelera de 17 años, Sausen Kiari, que cruza la calle ataviada con un hiyab: “Era mejor durante la época de

Ben Alí porque ahora hay muchos problemas de seguridad. Yo no comprendo lo que quiere Ansar Charía. Crea muchos problemas y sobre todo atenta contra la libertad de las mujeres”, se queja. Habsiya Sadik, cubierta con un niqab que dejaba solo ver sus ojos, también cree que se estaba mejor bajo el régimen: “Ahora todo se ha degradado, todo es mucho más caro en el supermercado, y yo a mi hija la llamo constantemente cuando cae la noche y no llega a casa porque tengo miedo de que la violen”, asegura. Su marido está en paro y ella no trabaja, con cuatro hijas a su cargo.

¿Es el debate entre Estado islámico moderado, radical, o laico, el único problema de Túnez? Para Bousserwell, el problema no es la fe, sino el hambre. En su opinión personal, el Islam y su influencia en la transición es sólo una cortina de humo, una forma de desviar la atención de las guerras internas de poder en el seno del Gobierno, que no se ocupa de los problemas reales de la población: “El Congreso de Kairouan han sido veinticuatro horas de espectáculo para que todo el país hablara de eso. El Gobierno juega el papel de mediador, de doble rasero con los salafistas. No son ellos los reaccionarios, ¡es el propio Gobierno! Yo prefiero que seamos demócratas, prohibirlos es peor y prefiero un Estado que respete los derechos humanos que una autoridad que masacre a los salafistas para asegurar su continuidad”. Añade que los disturbios se centraron en los barrios más pobres, bastiones de los salafistas: “y al resto del país tenemos otras preocupaciones más acuciantes”. Esa ha sido la clave en Egipto, y las autoridades tunecinas deben tomar nota.

Las organizaciones feministas del país siguen movilizadas ante lo que consideran un retroceso en sus derechos con la llegada de Ennahda al poder. Denuncian que en el artículo 8º de la Constitución que se redacta incluye que el derecho a la vida es sagrado, prohibiendo la pena de muerte y el aborto en todos los casos, incluso en el de violación: “Está inspirada en el Islam y marcada por un lenguaje misógino, no reconoce el hombre y la mujer, sino a la familia. Es más, hay un artículo que dice que el Estado debe velar por la consolidación de la familia y sus relaciones internas, unión y continuidad. Eso abre la puerta a la violencia de género y la prohibición del divorcio. Nos invaden los miedos”, asegura Bousserwell. Además, el Gobierno islamista no ha enviado a la ONU el protocolo firmado ya por Túnez de la CETFDCM (CEDAW, en sus siglas en inglés, convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer), que protege los derechos adquiridos por las mujeres tunecinas en la época de Bourguiba. Crecen las agresiones contra las mujeres en la universidad por no llevar el niqab (velo integral), y contra las feministas y las periodistas mujeres (el 56% en la profesión), que reciben cada vez más amenazas.

¿PUEDE EGIPTO CONTAGIAR A TÚNEZ?

Tras el desalojo de Morsi del poder, Túnez abre bien los ojos. Todos los expertos recuerdan la sangrienta guerra civil consecuencia de la anulación de las elecciones en Argelia y el desalojo de los islamistas del Gobierno en los años noventa. Echar a los islamistas por las

armas es peligroso y puede tener consecuencias imprevisibles, aún por ver en Egipto. Ganuchi debe mirar las barbas de su vecino y ponerse manos a la obra. Desde la época del presidente Habib Burguiba (1957-1987), Túnez ha sido el país árabe más afín al modelo político occidental y modo de vida europeo, y prueba de ello es que fue el primer país árabe con paridad en las listas al Parlamento, algo que no existe ni siquiera en muchos países de la Unión Europea (UE). El partido Ennahda, al igual que los Hermanos Musulmanes de Egipto, sueña con la integración del Islam político, con re-islamizar la sociedad y de establecer un Estado conforme a estándares religiosos, marginando al sector de la población laico. Pero debe en un futuro escuchar y gobernar para todos, laicos y religiosos, además de superar las tensiones y luchas internas de la troika.

Grandes son los desafíos porque le aguardan problemas de orden político, económico, social y cultural. El riesgo de estallido existe, como señala en un análisis la revista digital Tunisie Numerique. Hay algunas similitudes con Egipto dignas de ser subrayadas, como el hecho que tanto los Hermanos Musulmanes como Ennahda “han fracasado como gobierno, con crisis social, caos económico, proliferación de la violencia, inseguridad, impunidad de las milicias, política de exclusión, atentados contra la libertad, sumisión del aparato de justicia, voluntad de eternizar el periodo de transición, de ahogar la justicia tradicional y de dividir y de enfrentar a la ciudadanía entre musulmanes y no musulmanes, presentándose como la voz de Dios sobre la tierra y el representante exclusivo del Islam”.

Ambos son partidos políticos “donde los más conservadores parecen haber tomado el mando amordazando el debate, perpetuando una organización interna centralizada, jerarquizada, monolítica y piramidal, cultivando la cultura del estado-partido y reproduciendo las estructuras del sistema derrocado, con nombramientos de altos cargos basados en la fidelidad política o ideológica”. Tanto en Egipto como en Túnez y tras las victorias en las urnas, la legitimidad electoral se ha puesto en entredicho en el caso de ambas formaciones, aunque la oposición tunecina no ha logrado movilizar a la población como en el caso de Egipto.

Esa es la gran diferencia, la movilización social. Mientras el pueblo egipcio reacciona rápidamente a la convocatoria de grandes manifestaciones, el tunecino solo lo hace espontáneamente. Por ejemplo, tras la revolución del 2011 sólo ha habido una gran ocasión en la que salió de forma masiva a la calle y fue para protestar por el asesinato de Chokri Belaid. Tampoco Ganuchi ha llegado a la osadía de Morsi, que quiso acaparar todos los poderes sin excepción, fragilizando su posición y provocando el estallido final. Y por último, en Túnez aún hay una clase media que resiste la subida del coste de la vida.



Terrazas de la avenida Burguiba en Túnez capital

Además, está el papel del Ejército. A diferencia de la Policía egipcia (asimilada con Mubarak), en Egipto el Ejército goza de gran prestigio por razones históricas y culturales (fue creado en el siglo XIX por Mehmet Alí y que logró la independencia del Imperio Otomano) y tiene una estructura fuerte y bien financiada, con cabezas visibles. En Túnez ha estado marginado y condenado al ostracismo, y sus altos mandos no tienen ambiciones de poder, como prueba la dimisión del general Rachid Ammar el pasado 25 de junio. Y en cuanto al Gobierno, se trata de una troika con tres partidos en coalición y no un solo actor, como en el caso de los Hermanos Musulmanes, “que tienen una clase política más conocida, más presente, con un discurso que moviliza a las masas, con verdaderos líderes de opinión, mientras que en Túnez está más dispersa, concentrada en la carrera hacia el poder y la batalla de egos”, señala la publicación digital.

CONCLUSIONES

La caótica cacofonía de voces políticas en el Túnez de hoy polariza las posiciones, con debates centrados en el modelo de Estado, la religión, la fe y su influencia en las leyes, o la emergencia de los salafistas afines a Al Qaeda. Todo ello parece ralentizar las decisiones políticas, los programas de Gobierno que deben solucionar los problemas económicos, políticos y sociales de un pueblo que no se siente ni cuidado ni escuchado. La troika no avanza y desoye las demandas de buena parte de la población, que no se resigna y sigue pidiendo mejoras. De momento lo hacen desde sus casas, sin salir a la calle, pero los ideales que inspiraron la revolución: la libertad, la justicia y la igualdad social, siguen vivos y bien

presentes. Las autoridades tunecinas deben observar el caso egipcio, avanzar en el proceso Constituyente integrando a todos los sectores del país para lograr una transición exitosa y dar el mismo ejemplo que quedó para la historia, el de una revolución pacífica sin precedentes que rompió con la “excepción árabe” e inspiró la oleada de revueltas de un pueblo indignado, ávido de cambios que no llegan.

i

*Mayte Carrasco***Freelance Reporter and Writer*

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.